

brada á su tiempo, tampoco aparece cuál de los dos imaginaba la traza para declararle al otro su amoroso intento.»

¿Qué sintaxis es esta con la cual no es posible saber lo que quiso decir un autor (caso de que él escribiera así), ó lo que quiere decir después que algún impresor ignorante se ha encargado de reproducir su escrito?

Con la antigua sintaxis castellana jamás pudo haber estas incertidumbres. Diciendo siempre *la* para referirse á persona ó cosa del género femenino eran imposibles tales dudas.

¿Qué daños había, qué daños hay en seguir usando esta sintaxis?

En una edición nueva del *Ejercicio de Perfección* del P. Alonso Rodríguez, que fue modelo de claridad, encuentro lo siguiente:

«De la Santa Virgen Gertrudis se lee que se la apareció una vez Cristo Nuestro Redentor, que en su mano derecha llevaba la salud y en la siniestra la enfermedad, y *le* dijo: ...»

Tampoco aquí se sabe quién á quién, ateniéndose á la sintaxis nueva.

Y de estos ejemplos pueden citarse miles.

III

Las barbaridades.

Aparte de las anfibologías que necesariamente trae consigo la estricta observancia del precepto de sustituir en dativo con *le* el nombre femenino, lo mismo que el masculino, produce aquel precepto absurdo otro mal todavía más grave. Y es que las gentes de poco discernimiento natural y de poca instrucción, aquellas gentes cuyos alcances gramaticales no llegan hasta distinguir bien los casos, por huir inconscientemente del *la* prohibido, ponen *le* hasta en los acusativos femeninos, lo cual es una barbaridad indisculpable.

En ella incurre una pobre aficionada á escribir (á quien los periódicos mestizos desvanecen con sus irracionales elogios), cuando habla de las mujeres obreras, y dice:

«Porque es tal la miseria que *les* rodea.»

Efectivamente, este *les* es una barbaridad sin disculpa.

La Academia no la manda cometer, pero es la responsable principal, porque con su precepto ha puesto á los ignorantes jabón en la pasarela para que se resbalen y se caigan.

En la misma barbaridad incurre también un periódico de Navarra al decir, hablando de un juego de pelota:

«La Empresa, con un desprendimiento que *le* honra y *le* enaltece...»

Estos dos *les*, que son acusativos femeninos, son otros dos ejemplares de la barbaridad susodicha.

En la hoja literaria de un periódico que suele estar bien escrito, se leía el 8 de Junio de 1908, en un cuento:

«Entonces las mozas asaltan el bote grande que *les* ha de conducir al mismo sitio.»

Claro que este *les*, acusativo femenino, es una barbaridad como las anteriores.

En el *Pleito del matrimonio*, en que colaboraron muchísimos poetas, entre buenos, malos y peores, se leen estos versos:

«En el teatro *le* hallé,
Al salir me declaré...
Nos entendimos los dos
Y con *ella* me casé.»

Claro es también que este «*le* hallé» á «*ella*» es otra barbaridad muy grande.

En un almanaque *literario* recuerdo haber leído unos versos en que se dice de una vieja principiante que vió su primera arruga mirándose al espejo:

«Y como lo que acababa
De ver no *le* satisface,
La mano al rostro llevaba...»

También este *le* es otra barbaridad enorme.

De un artículo de política internacional, publicado en un periódico muy leído:

«Francia lo sabe por experiencia, y no se lo recordamos aquí para molestarle.»

También este *le* es barbaridad á todas luces.

En el epígrafe de una noticia de crónica callejera ¡en el epígrafe! y en un periódico grande:

«Á ESTA MUJER NO SE **le** PEGA»

Y este *le*-barbaridad se vuelve á repetir en el fondo del suelto:

«—Delante de mí no se *le* pega — dijo indignado el amigo, que vió al amante sacudir á su amiga una sonora bofetada.»

Tan sonora la merecía por su repetida barbaridad el autor del suelto.

De una *información política*:

«... en vez de poner (el señor Silvela) un desdeñoso visto bueno á la comunicación de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

la Junta central, hubo de contestarle con relativa mesura.»

Otra barbaridad es este contestarle como las que anteceden.

Un vecino de Columela firmaba hace unos años esto que sigue en *Blanco y Negro*:

«Antes de pintar el día salen los rebaños á pastar ordinariamente; pero el día del esquila las reses quedan sujetas á una prudente *vigilia*, y si se *les* saca del corral...»

¡Ah, bárbaro! ¿Conque á las reses se les saca del corral?

Advierto que el bárbaro puede no ser el firmante, sino el cajista.

También es de *Blanco y Negro* la siguiente; pero no está firmada por un vecino de Columela, sino por un cronista con muchas presunciones:

«... iba enamorándose la madrileña. Su instinto la hacía recrearse en el atavío coquetón del húsar; en los arreos y cordones, en las sedosas pieles del dolmán... todo ello *le* atraía como el vidrio á un salvaje.»

O como el *le*-barbaridad á un aspirante á académico.

Y allá va otra de una crónica judicial, de una de las preguntas del veredicto:

«La procesada, al realizar el hecho de que se *le* acusa...»

Otra barbaridad patente.

Y esta que sigue...

¿Será verdad?...

Contaron un día los periódicos en sus crónicas criminales que en un juicio oral preguntaba el Fiscal á una testigo:

«—¿*Le* pegaba el procesado á *la* Celedonia?...»

¡Qué bárbaro!... ¿Pero será verdad que un fiscal dijo eso?...

La verdad es que habiendo fiscales que piden para el acusado *doce años y un día de reclusión temporal*... como si *doce años de reclusión* pudieran ser de reclusión perpetua... bien se puede creer que alguno dijera esa barbaridad de *le* pegaba á la Celedonia ó que *le* pegara él de ese modo á la gramática.

En idéntica barbaridad incurrió el americano Andrés Bello en unos versos muy prosaicos á su hija, en donde la pregunta:

«¿Perdonarás á mi enemiga estrella,

Si disipadas fueran una á una... etc.»

Y se contesta él mismo, diciendo:

«Sí, *le* perdonarás...»

Le que es acusativo femenino de la oración «tú perdonarás á mi estrella», y barbaridad por consiguiente.

Siendo de advertir que este D. Andrés Bello se atrevió á escribir una gramática!
¡Y hay quien la recomienda!

En igual barbaridad cayó también la misma Academia poco después de promulgar la nueva ley, pues en el prólogo de la edición duodécima de su Diccionario dice que á ella, á la Academia, «no *le* sorprenderá la censura».

Barbaridad muy gorda, porque la Academia, en esta oración primera de activa, «la censura no sorprenderá á la Academia», está en acusativo y no en dativo.

Y si en tan fea confusión pudo caer una persona tan culta como el Sr. Tamayo y Baus, autor, según luego se supo, del prólogo mencionado, figúrese el lector con cuán desconsoladora frecuencia caerán en ella los escritorzuelos ignaros, que quieren seguir á la Academia, en venganza de que á ellos no les sigue el público, y las religiosas extranjeras que se dedican entre nosotros á la enseñanza, y, por supuesto, sus discípulas.

En unas noveluchas de un Sr. Polo y Peyrolón, catedrático de Instituto, recuerdo haber leído hace muchos años cosas así: Fulana lavaba y Mengana *le* ayudaba. Y no hay apenas señorita educada en el *Sagrado Corazón* que no salga diciendo que á su amiga Pepita *le* quiere mucho, y que á la Madre Laserre no *le* conoce.

De todos estos *les*, que son verdaderas barbaridades, tiene la culpa principal ese mal acuerdo académico de convertir en ley una opinión que, como probaré con autoridades, dista mucho de ser *la más autorizada*.

Autoridades contra la Academia.

«No faltan autores de nota—dice modestamente la Academia—que usan en dativo las formas *la* y *las* idénticas á las de acusativo...»

¡Claro que no faltan!... Si la Academia no pasara de ahí, si no dijera más que eso y no añadiera la majadería de que ese ejemplo no debe imitarse, tendría razón la Academia si quiera una vez en la vida, por muy extraño que pareciera el caso. Porque es verdad que no faltan autores de nota que usan en dativo las formas *la* y *las*... ¡Yo lo creo que no faltan!... ¿Qué han de faltar?... Lo que falta es autor que no las use...

Y como entre amigos con verlo basta... váyanlo ustedes viendo:

«Y *la* quitan (al alma) la soledad y el recogimiento.»

SAN JUAN DE LA CRUZ.

«No creo que será malo, pues como dice, no hay allá quien *la* diga nada que se lo diga yo de acá...»

SANTA TERESA DE JESÚS.

«Muy bien *la* perdonaría la alabanza...»

«Ahora están temblando lo que *las* han de escribir...»

«Pidieron *las* librase de aquel trabajo por la inquietud que *las* causaba en la oración...»

La misma SANTA.

«Un fraile que vino á absolver á las monjas, *las* ha hecho tantas molestias...»

La misma SANTA TERESA

(en una carta al Rey, que es de creer la escribiera con especial cuidado.)

«El entrañable amor que *la* tengo y el deseo de su bien... me despiertan para que *la* encienda alguna luz...»

«En esta jornada que tiene v. m. comenzada *la* enseñaré lo que he aprendido en las Sagradas letras...»

«Y no dudo que habla el Espíritu Santo en ella... y que *la* regia la pluma y la mano...»

«Los dones que Dios en ella puso y las mercedes que *la* hizo en sus postreros años...»

FRAY LUIS DE LEÓN.

«No temas, *la* decía, ...»

FRAY LUIS DE LEÓN.

«Gigantes he vencido y follones y malandrienes *la* he enviado...»

«Tanto es el amor que *la* tienen» (á España).

«La estuvo mirando D. Quijote sin responderla palabra.

«Pues llegó D. Gaiferos, ase de ella y mal de su agrado *la* hace bajar al suelo, y luego de un brinco *la* pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas y *la* manda que se tenga fuertemente.»

«Y las espaldas *la* hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera.»

MIGUEL DE CERVANTES.

«Las yerbas su virtud *la* presentaban.»

(á la poesía.)

MIGUEL DE CERVANTES.

«Pidió que, pues no se había despedido de su hijo, *la* dejaran ahora llegar á él.»

FRAY LUIS DE GRANADA.

«Y otros dicen que es como quien lleva una nave bien calafateada y *la* da un barreno...»

P. ALONSO RODRÍGUEZ.

«...y viéndola él se levantó... y pidiéndola salud, y suplicándola emplease la cumplida de que gozaba...»

«...que volveré á traerla la respuesta...»

«Don Gregorio que *la* estaba aguardando...»

ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA.

(Segunda parte del *Quijote*.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Lado. 1625 MONTERREY, MEXICO

«De la pobreza el valor
no es tenerla quien le pese,
sino aquél tenerla amor
como si riqueza fuese.»

«Aun era la tierra poco
y *la* añadimos la mar...»

«Otros dicen que la hicieron
los godos, y que *la* dieron
la antigua forma...»

«Allí en muriendo las cierro
sin darlas mejor entierro...»

«Búscala, riñela y dala
pena que á la ofensa *igual*a...»

LOPE DE VEGA.

(Isidro.)

(Es de notar, en este último ejemplo, que si Lope hubiera dicho *dale*, como quiere la Academia, hubiera podido decir en el verso siguiente *iguale*, que era más propio, pues la oración pedía subjuntivo; pero consintió en tener que acudir á la licencia poética de emplear un tiempo por otro (el presente de indicativo por el de subjuntivo), con tal de no poner *le* en dativo femenino. ¡Si le repugnaría la forma que ahora quiere hacer obligatoria la Academia!)

«Nace el ave, y con las galas
que *la* dan belleza suma...»

CALDERÓN DE LA BARCA.

«Y entre su sangre teñido,
la daba muerte naciendo...»

«*La* dará, como sea noble,
con que á ser su esposa llegue,
riquezas...»

CALDERÓN DE LA BARCA.

«A una mujer forastera
los hijos del vidriado
no *la* dan, Lampuga, un gozque,
pudiendo darla un alano...»

D. FRANCISCO DE QUEVEDO

«A las hermosas *las* daban
una higa mis abuelos...»

«Y se corrió como zorra
de que *la* dijese aguarda,
y no *la* dijese toma...»

«A todas esas señoras
bullidoras del hogar
las darás mis encomiendas,
que soy amigo de dar.

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

«El padre *la* dijo su parecer de pe á pa, y

seco y sin llover mandola que se metiera en un convento...»

«Y el moño que *la* encorozaba de pelambre la cholla...»

«Si hubiera de mandar que *la* compren un capón...»

«Y si hubiera de mandar*la* (á la criada) que *la* tiña la greña de las canas, *la* dirá...»

«Por apaciguarlas empezó á dar*las* ripio...»

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

«Esta invasión terrible é importuna...
Dejémos*la* pasar...»

FRANCISCO DE RIOJA.

Pero Gil amaba á Menga...

Si botines le pedía,
la presentaba una cofia;
si guindas se *la* antojaban,
iba á buscar*la* algarrobas...

TIRSO DE MOLINA.

(Nótese la aspereza de los dos últimos versos, con sus conjunciones de *aes*, y mídase por ella la repugnancia de *Tirso* á decir *le* en un dativo femenino; pues claro está que si hubiera escrito «se *le* antojaban» y «á buscar*le* algarrobas», ambos versos hubieran ganado mucho.)

«Cuando por dar*las* el grano
(el gallo á las gallinas)
se lo quita de la boca.»

«Pullas *la* echo á cada paso...»

«Y ayer cerniendo las granzas
la declaré mi capricho.»

—

«Llegué á cargar*la* el pollino.»

—

«Las manos *la* así y besé*las*.»

«Que la mano *la* tomé...»

—

«En espíritu *las* bebe
el alma y vida á las flores.»

—

«A las niñas de Alcorcón
las cantaba Paracuellos
..... estos versos.»

TIRSO DE MOLINA.

«... ¿Viste una breva en la cima
de una higuera, y los muchachos,
que en alcanzarla porfian,
piedras *la* tiran á pares?...
Con las piedras que *la* tiran
viene á caer mas madura...
Ella está tiesa y muy alta,
tú sus pedradas *la* tiras...»

—

«No quise, aunque fuera airosa
acción, dar*la* esa malicia...»

D. AGUSTÍN MORETO.

«Aunque pudiera librar estas almas...
para descubrir el amor que *las* tenía...»

... «haciéndolas el bien...»

«Luego llegó aquella ilustrísima compañía
á darla el parabién y á reconocerla por ma-
dre..., y dándola gracias por el trabajo...»

«...Descubriéndola grandes secretos
y diciéndola cómo estaría en el mundo...»

P. LUIS DE LA PUENTE.

«Y dice que *la* deben trigo y centeno...»

FR. ANDRÉS PÉREZ.

(*La pícaro Justina.*)

«...Y *la* comen gran pedazo.»

D. BERNARDO DE VALBUENA.

«...Y en señal de que era verdad *la* daba
aquella joya... y echóla al cuello un collar
de oro.»

«Acabada de vestir, *la* dijo la Madre de Dios
que *la* daba mucho gusto en servir al glorioso
San José.»

«Y con la cabeza *la* hacía señas de que fuese
á la iglesia...»

P. PEDRO RIVADENEIRA.

«Pero la Virgen esforzándola el Espíritu Di-
vino y acrecentándola las fuerzas...»

...«Este encuentro que tanto dolor *la* había
de costar...»

«Ni *la* sufrió el corazón dejar de ver aquella
obra de Dios...»

«... la parte... qué á ella *la* cabía de esta re-
dención...»

«Dejándola el señor este regalo en pago de
que de ella recibía...»

P. LUIS DE LA PALMA.

«Doña Urraca... determinó fortificarse en el
castillo de León, sin embargo del odio grande
que el pueblo *la* tenía...»

«Que la reina expresó lo mismo al abad
cuando de parte del Papa *la* hizo saber que es-
tuviese separada.»

P. JUAN DE MARIANA.

«Porque como consta de provincias tan dis-
tantes entre sí, peligrarían si el remo y la vela
no *las* facilitasen los socorros y asistencias
para su conservación...»

SAAVEDRA FAJARDO.

«Os fingis muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca, no clara,
La dais luego sentido maldiciente.»

LUPERCIO DE ARGENSOLA.

«No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haberla costado su dinero.»

«Aunque el mismo amor *la* dé
sus flechas para rendir...»

«...A tus tiernas palomillas
El fuego peligroso *las* rehuses...»

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

«Celos *la* doy y finjo que el agrado...»

E. M. DE VILLEGAS (*el poeta.*)

«Oyéndola el hijo mayor *la* dijo en voz alta:
¿Qué clamáis?...»

«El Señor *la* restituyó el amor de su marido.»

P. VILLEGAS (*el biógrafo.*)

«...Fuiste con toda prisa á casa de tu prima Santa Isabel para comunicarla bienes celestiales.»

UN PADRE DOMINICO DEL SIGLO XVII.
(*Misterios del Rosario.*)

«Da la vida al alma, *dala* hermosura...»

«El *la* dijo que lo encomendase á Dios (lo que deseaba) y que rezase el himno de *Veni Creator Spiritus*, para que *la* diera luz de cuál era lo mejor...» «Hízolo así la Santa, y estando... en oración *la* vino un grande arrobamiento, en el cual *la* dijo Su Divina Majestad que...»

«...*La* mostró solas las manos; de allí á algunos días *la* descubrió aquel divino rostro, después *la* mostró toda su humanidad sacratísima...» «Vió una vez al Salvador... que *la*

mostraba la llaga de la mano izquierda... prometiéndola de hacerlo así...»

«Que *la* parecía Serafin...»

«Murió*se*la su madre... No tenía esperanza que su padre *la* daría licencia (para ser monja), por el grande amor que *la* tenía...»

P. JUAN E. NIEREMBERG.

«Empezó á condolerse de su esclavitud y á persuadirla que se apartase de aquellos extranjeros aborrecibles y se fuese á su casa, cuyo albergue *la* ofrecía como refugio de su libertad...»

«Dijola que convenía en todo caso que se fuese luego...»

«Y ella... con aquella discreción natural que *la* daba hechas las razones...»

D. ANTONIO DE SOLÍS.

«Si no es que mayor castigo
mis desdichas *la* reservan.»
(A su audacia.)

EL CONDE DE REBOLLEDO.

«Comenzó á descubrirla los caminos de Dios (á D.^a Sancha Carrillo).»

P. MARTÍN DE ROA.

«Pareciéndola poco una corona.»

D. LUIS DE ULLOA, *Raquel.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

38826

«...Las clavellinas,
Que estaban en embrión, ruegan al monje
Que por los pies la tierra *las* esponje.»

JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN.

«Conociendo esto, y movida del gran amor
que *las* tengo...»

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

«Y *la* hizo donación del monasterio...»
«Aunque otros *la* atribuyan mayor interven-
ción en el suceso.»

JUAN DE FERRERAS.

«También se llamó Jimena, pues una escri-
tura de Oviedo *la* da este nombre.»

«...En suposición de *darla* este nombre los
privilegios...»

«Entró religiosa en vida de su padre, el cual
la edificó un insigne monasterio... junto al
palacio de León.»

«Sandoval *las* aplica los diezmos...»

«Salazar *las* da el infantado...»

«*La* sucedió una cosa bien notable...»

«El alcalde *la* entregó el tesoro...»

P. ENRIQUE FLÓREZ.

«A su vida sólo *la* faltaba la prueba de la
tentación...»

«...el cielo y la caridad *la* allanaron las di-
ficultades...»

«...que haga más justicia, ya que no quiera
hacerla merced, á la nación española.»

«...se fué á quejar una mujer de que su ma-
rido *la* había vareado muy bien las costi-
llas...»

«...no le puedo ponderar el dolor que *las*
causa verle...»

«Padre nuestro, respondió Fr. Gerundio...
sólo sé que la cláusula es retumbante, y que
en sonando bien á los oídos no hay que pedir-
la más.»

P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

«Mas ni en latín ni en romance
se encontró nombre que *darla*.»

—

«Esta capa que me tapa,
tan pobre y raída está,
que sólo porque se vá
se *la* conoce que es *capa*.»

D. RAMÓN DE LA CRUZ.

* *

¿Verdad que no faltan autores que usan en
dativo las formas *la* y *las*?...

Pues todavía citaré otros tantos.